

A principios de la década de los noventa, Antoni Miró inaugura una nueva etapa, plasmada en la serie "Vivace" (de la que esta obra es un precedente) en la que su tradicional compromiso social y político con el entorno próximo sintoniza con las crecientes preocupaciones ecológicas derivadas de la destrucción del medio ambiente. Nos encontramos ante una pintura más vitalista, alegre de colorido, más imaginativa y, en ocasiones, con toques surrealistas. Se libera de las codificaciones de textura y contenido y, aun persistiendo en sus posiciones reivindicativas, en su concepto de arte con vigencia provocadora y en sus citas de maestros clásicos, éstas pasan a segundo plano abriéndose a una mayor amplitud y curiosidad en la selección de imágenes y, en consecuencia, a una mayor variedad temática. El objetivo de invitar a la acción continúa y, aunque ya no se trate de transformar una realidad injusta sí que se invita a una constante inquietud y a la toma de conciencia por la progresiva degradación del medio ambiente.

El contraste u oposición se busca ahora en el enfrentamiento entre la naturaleza y los emblemas de la cultura industrial. Pero la ejecución de la obra no se relega ni descuida y así se advierte en *Intrús a Cofrents*, cuyo mensaje de denuncia de un arriesgado pulso a la naturaleza, transparente tanto en la ironía del título como en la explicitud de las imágenes utilizadas, se precisa con una mayor dosis de belleza y atractivo estético. A ello no es ajeno ni la nitidez del dibujo ni el saturado colorido, neto y fuertemente matizado de este cuadro, a partir de la gama primaria de rojos y amarillos. Esta paleta luminosa, reverberante y rica se pone al servicio de sentimientos que expresan, precisamente, la amenaza que sobre la belleza natural puede suponer la contaminación o, en este caso, la central nuclear de Cofrentes (inaugurada en 1984), paisaje hostil y extraño al paraje del entorno que se refuerza icónica e irónicamente con la presencia de una forma animal igualmente bizarra y poderosa, casi prehistórica, la del rinoceronte.(1) Otra vez la reminiscencia del *pop art* se evidencia en la técnica mironiana y de nuevo la sintaxis de sus imágenes queda abierta, extrañeza incluida en la extrañeza y, sin embargo, paralelismos formales sabiamente insinuados (dos orejas puntiagudas o dos cuernos del animal superpuestos sobre las torres de la central). Economía expresiva y capacidad documental que inducen a tomar esta obra como un irónico reportaje de denuncia de la inconsciencia colectiva frente a los nuevos dilemas a que nos enfrentan nuestras concepciones del progreso.

NOTAS

- 1 Miró realizará en 1991 una litografía con la misma composición, aunque invertida, titulada *Bicornis*.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 262-263.